

devorador, y largas y dolorosas angustias.

Ya lo he dicho, los deleites físicos, cuando el hombre, apeteciéndolos por sí mismos, hace consistir en ellos su felicidad, destruyen la inteligencia, el amor y el cuerpo mismo; porque pidiendo á los órganos un bien infinito ó una acción infinita, trastorna las leyes fundamentales de su ser, y quiebra el débil instrumento que se le dió para muy distinto fin.

Los filósofos materialistas que no ven mas que los sentidos en el hombre, tienen una aversión invencible á la castidad; y esto solo basta para probar cuan perniciosa y falsa es su doctrina, aun considerada solo con respecto á la vida presente. Porque antes de ser una obligación moral, la castidad es una ley de conservación impuesta por la naturaleza á todos los vivientes; y si tambien es de obligación para el ser moral, es en parte, porque es una ley para el ser físico. Los animales fuera de algunos cortos instantes destinados á la reproducción son castos por instinto, y sin esto ya ha mucho tiempo se hubieran acabado las especies. Lejos de que la unión de los sexos tenga por fin el

placer, este, si se desea y busca como fin, contraría directamente las miras de la naturaleza en esta unión, y hasta propende y se encamina á alejar del uno al otro sexo, introduciendo costumbres infames, harto conocidas entre los antiguos, y justificadas y aconsejadas por los mismos filósofos. « ¡O qué criatura tan vil y despreciable es el hombre, si no conoce que hay en él alguna cosa celestial que lo eleva !! »

Por poco que quede, no digo de conciencia, de gusto de la virtud, ni de respeto á sí mismo, sino solo de precaución y de razón, es inaudito que pueda engañarse alguno tanto, que haga consistir la felicidad en una pasión brutal, que conduce tarde ó temprano al último exceso de la miseria y el envilecimiento. Aprenda la juventud fogosa, contemplando las horrorosas consecuencias del desarreglo de los sentidos, á reprimir sus funestos apetitos, que pueden enfrenarse siempre y fácilmente cuando de veras se desea.

El primer efecto, y efecto inevitable de las costumbres y hábitos voluptuosos, es encadenar

las potencias del alma y excluir cualquier otro pensamiento que no sea el de los viles deleites á que se ha esclavizado. El espíritu pierde su vigor y fecundidad, distraído por deseos que nacen y se forman de nuevo en cada instante, y cercado por fantasmas impuros. Todo se altera y decae; la memoria se pierde, el carácter se debilita y el corazón se endurece. Ya no es posible amar, ni tener compasión, ni derramar las lágrimas deliciosas del enternecimiento. Hasta el semblante se reviste de una expresión dura y desagradable; y con gestos de tedio y de incomodidad continua, abatidos y como muertos, anuncia que se secó de un todo el manantial de los sentimientos dulces, de las emociones puras y de los gozos inocentes. No parece sino que la vida entera se refugia y concentra en los órganos; pero aun estos, destruidos muy pronto por el excesivo uso, hacen venir de tropel los males, enfermedades y dolores. He visto, y jamás podré olvidarlo, algunas de estas desgraciadas víctimas de una pasión devoradora, presentar en la flor de la edad la imagen desagradable de una decrepitud completa. Con la frente calva,

las mejillas mustias y hundidas, el mirar triste y estúpido, el cuerpo trémulo y como encorvado bajo el peso del vicio, sin vida, sin pensamientos y sin amor, en una palabra, horrorosamente abandonado á la disolución; parece al verlas que se oye á los sepultureros que vienen para llevarse el cadáver.

Hasta tal extremo puede la filosofía degradar á los hombres, y así justifica bien por sus efectos lo que no se ha avergonzado de sostener y defender como un principio incontestable, á saber: que entre el animal y el hombre *no hay mas diferencia que la de los vestidos*¹. Pero aun la parece haberle puesto demasíadamente alto, y para ir consiguiendo, es necesario le haga inferior á las bestias, pues que al fin estas, mas felices que el hombre, no están atormentadas como él por deseos inútiles, y obedecen á leyes inmutables que las conservan y conducen á la perfección propia de su ser. ¡O hombre que hablas con tanto orgullo de tu grandeza y dignidad, baja ya de ese trono que en tu pensamiento te formaste, baja;

¹ *Essai sur les règnes de Claude et de Néron*, tom. 2. p. 140.

la filosofía te le manda: ven á ponerte tras de los animales que no tienen razon, pero que son mas ilustrados y mas nobles que tú; y sáciate, llena con los deleites impuros que ellos te abandonan sin pesar, tus deseos disgustados de Dios!

Los dos sistemas absolutos de felicidad, fundado el uno en el orgullo, y el otro sobre el deleite, se combinan y modifican al infinito, segun el carácter, el temperamento, las preocupaciones y la posicion de cada individuo; y obsérvese de paso, como una nueva prueba del necesario influjo de las doctrinas en las acciones, que los filósofos no varian ménos en sus reglas de conducta que en sus principios especulativos, y que constantemente hay una relacion exacta entre estos principios y estas reglas. Y como el principio mas general de la filosofía es, que no existe principio alguno perfectamente cierto, ó alguna verdad absolutamente incóntestable, su regla para la conducta mas general, es que no existe regla alguna ciertamente verdadera, ó absolutamente obligatoria; de modo que siendo todo arbitrario; y no siendo tampoco ya la verdad misma, objeto eternamente subsistente de la inteligencia,

sino una operacion, una produccion abstracta del entendimiento, una propiedad, llamémosla así, individual, las voluntades individuales usurpan el lugar propio de las leyes inmutables del órden: y en este caso el hombre independiente de todo, cortando con sus semejantes, separado de su autor, rey de la nada, que ha creado al rededor de sí, queda dueño y señor absoluto para creer, amar y obrar segun su antojo.

Mas haga lo que hiciere, no puede de modo alguno mudar la naturaleza de las cosas, ni hallar la paz en el seno del desórden. La única obligacion, dicen, es hacerse feliz; y todo al contrario la única felicidad, consiste en la práctica rigurosa de las obligaciones. Reúnanse todos los deleites, déseles toda la diversidad posible, multiplíquense sin término, no tardará mucho en conocerse su insuficiencia y el vacio que nos dejan. Estos frutos de la tierra, incapaces de apaciguar la hambre del corazon, aunque seductores en lo

¹ *Dubitandum non est, quin nonquàm possit utilitas cum honestate contendere. Itaque accepimus, Socratem execrari solitum eos, qui primum hæc naturá coherentia opinione distinxissent.* CICER. de Officiis, lib. III, cap. III, n. 11.

exterior, ocultan una secreta y dolorosa amargura. Los deleites y aun los afectos se cansan con mucho dolor y prontitud; y son bien conocidas las quejas y lamentos que arrancaba al grande Bossuet la inconstancia de nuestras amistades fugitivas, *las cuales se van con los intereses y los años*. Lo mismo sucede al ardor que nos arrastra á las ciencias, como tambien á los dulces sueños y encantadoras ilusiones con que nos saboreamos en la juventud. Todo pasa, y no deja tras de sí mas que el disgusto, la ansiedad y *este inexorable tedio que forma el fondo de la vida humana*¹. Lo que no habemos experimentado todavía, lo que nos es desconocido, se convierte para nosotros en una especie de infinito, que el alma abraza ansiosamente, como un objeto proporcionado á la extension de sus deseos. Pero cuando, y es muy pronto, viene á conocer su error, cuando conoce la limitacion, y descubre lo nada de aquel objeto que la seducia, entonces cesa el encanto y cae en una tristeza profunda; alejando ya de sí hasta la esperanza, se alimenta

¹ BOSSUET.

con un gozo sombrío y melancólico de sus propias angustias y dolor, y busca una imágen del descanso en aquella estupidez que produce un largo padecer. ¡Cuán vano es este recurso! la enfermedad va creciendo, y llegando á su último término, conduce á los infelices en quienes se ha arraigado á un crimen execrable y el único para que no hay perdon, porque es el solo que no conoce el arrepentimiento. Desterrados lejos de la fuente de la verdad y del amor, se libran de una existencia que se les ha hecho intolerable; y privada el alma de todo bien, pretende sepultarse bajo las ruinas del cuerpo, á la manera de un monarca destronado que se sepulta en las de su palacio.

Y no nos figuremos que mezclando artificiosamente los deleites, corriendo sin intermision de uno á otro, sea posible evitar el fastidio, y satisfacer plenamente los deseos. Porque además de que, á ninguno es dado librarse de los innumerables males anexos á la vida presente, como las enfermedades, los pesares, los achaques de la edad, la pérdida de los amigos y parientes, las injusticias, y las ingraticudes; además de que,

las ventajas de la condicion, del talento, del cuerpo y la fortuna, no están en ningun modo á disposicion de la voluntad, existe y hay entre los bienes de la tierra y las necesidades de nuestro corazon tal desproporcion, que no alcanza arte alguno á hacerla desaparecer. Pero sobre todo, aun cuando estos bienes fuesen tan reales como son verdaderamente vanos, no por esto serian mas á propósito, supuesto que todo se termina para nosotros con la muerte, para procurarnos la felicidad á que aspiramos. Siendo como somos unos seres finitos, y por lo mismo esencialmente limitados, incapaces de abrazar de una vez todas las verdades que quisiéramos conocer y todas las perfecciones que deseamos amar, solo podemos por una encadenacion infinita de actos sucesivos, tocar el término á que nos dirigimos, y llegar al fin para que fuimos criados; de lo que se sigue que, siendo indispensable una duracion sin término para el cumplimiento de nuestros deseos, ó el desarrollo y ejercicio perfecto de nuestras potencias, la filosofia, que sólo promete al hombre la nada, es tan contraria á su naturaleza, como conforme la Religion que le promete la inmór-

talidad. Y ciertamente, si jamas hubo doctrina desesperada y bárbara, lo es aquella que dice á los hombres condenados por la mayor parte á duros y continuos trabajos, á la indigencia, escasez y abatimiento, en fin á dolores de toda especie: Padece y morid, esta es vuestra herencia y no espereis otra.

Rousseau, á pesar de sus desvarios, tuvo siempre horror á esta filosofia destructora: «Tiemblo,» escribia á un discípulo de Diderot, «tiemblo de veros affligir la Religion con vuestros escritos. Mi querido Deleyre, no os fieis de vuestro talento satirico. Aprended especialmente á respetar la Religion; la humanidad sola os impone este respeto. Los grandes, los ricos, los dichosos del siglo se regocijarian mucho de que no hubiese Dios; pero la esperanza de otra vida consuela de los trabajos de esta al pueblo y al desdichado. ¡Qué mayor crueldad que privarles hasta de esta esperanza!»

Por lo demas, ya hemos visto lo que es en si

¹ *Oeuvres de Rousseau*, Edic. de Paris, 1788, t. XXXI, p. 202.

esta pretendida felicidad de los grandes, ricos, y dichosos del siglo. Se asemeja de lejos á aquellos palacios mágicos que parece se descubren en el horizonte de los mares que bañan las orillas de Nápoles; acercaos, y solo encontraréis vapores condensados, y nubes preñadas de borrascas.

Y no olvidemos que el precio y valor de los bienes no consiste solamente en su naturaleza, sino en su duracion. Nos contenta poco aquello que escapa ó puede escapar en cada instante; y de aquí esa larga anticipacion con la cual el hombre prolonga imaginariamente su existencia en un porvenir indefinido. La misma filosofía, asombrada de este deseo que tienen todos los hombres de perpetuar su ser, y desesperando de vencerle, se ha creído obligada, por condescendencia con una debilidad tan general, á prometernos aquí abajo la inmortalidad*; pero remi-

* Véase CONDORCET, *Bosquejo de una pintura histórica de los progresos del entendimiento humano*. Paris, 1823. Allí expone el sistema célebre de la perfectibilidad del hombre á lo infinito: y anunciando á las generaciones futuras, para cuando no haya ni reyes, ni sacerdotes, luces, virtudes y una felicidad de la

tiendo sin embargo á los siglos futuros la ejecucion de sus promesas consoladoras.

Esperándola se cumple y ejecuta la ley universal. El tiempo, á quien no hay cosa que detenga, acerca su última hora á cada uno; se le avisa al ateo que es necesario morir. ¿Qué es lo que le sucede en este momento? Yo quiero, cosa casi imposible, que haya llegado á sofocar los remordimientos, que ninguna duda inquiete su incredulidad: ¿está por eso libre de los terrores y agonías? Preguntadlo á cualquiera que haya visto á un ateo en la hora de la muerte, no atacado por alguna de esas enfermedades que suspenden las funciones del alma, sino gozando perfectamente de sus facultades morales, y sabiendo que va muy pronto á espirar. La viva imagen de cuanto va á perder ocupa todo el es-

cual no es posible formar idea, promete al hombre la prolongacion *indefinida* de su existencia en la tierra. En medio de estas locuras, es de mucho consuelo para la fe ver á un filósofo atea precisado á confesar que la felicidad de los seres, consiste en su perfeccion, y que el hombre es llamado á una perfeccion *infinita* la que no puede lograr sino con el auxilio de una sucesion *indefinida* de tiempo. Bien comprendido este solo principio, debe hacer abrace la Religion todo incrédulo que racione.

piritu del moribundo. Tenia inclinaciones, conexiones, costumbres, estaba ligado á la vida por mil vinculos que se rompen de una vez: rompimiento horroroso que separando súbitamente al alma de cuanto amó, la deja sola y herida en un vacío infinito. Aquel abismo sin fondo á que va á descender, aquella obscura soledad, aquel silencio eterno, aquel helado sueño, aquella noche que jamas tendrá aurora, la exclusion y privacion de todo bien, reunida con un deseo invencible del bien estar, todas estas ideas y un tropel de otras no menos desoladoras, pesan sobre esta alma miserable, la agobian, la desconciertan y trastornan, y en fin la despedazan y dan principio á su terrible suplicio. ¿Y qué dirémos de su situacion, por poco que obre en el cualquiera duda sobre los principios que se habia formado? ¿Cómo pintarémos sus ansiedades, su arrepentimiento tardío y casi ahogado por la desesperacion, y aquel mirar consternado que no encuentra por todas partes mas que, lo pasado sin consuelo, y lo porvenir sin esperanza? No, ya no es la nada lo que teme; por el contrario, la llama de todo corazon, pero la llama inútilmente:

la Eternidad sola le responde. Corramos la cortina sobre el resto de esta escena espantosa, y dejemos al infierno sus secretos.

Sin embargo debemos decir para honor y gloria de la fe, son pocas las incredulidades que no vacilan y ceden al aspecto de la muerte. Sea el que fuere el modo con que se ha vivido, se quiere al menos espirar en los brazos de la Religion, y en el seno de sus esperanzas; la razon que titubeaba hasta entonces se fija con la cercanía de la eternidad, cuya luz formidable, disipando todas las ilusiones, aumenta el resplandor de la verdad, que únicamente puede entonces hacer desconocer una larga y funesta costumbre de no creer nada, junta con un orgullo ilimitado, lo que es una horrorosa permission de Dios, y el principio de sus venganzas*. El escéptico Bayle

* Se puede formar una lista larga de los incrédulos que han rendido homenaje á la Religion, en el momento de la muerte. Solo citaré algunos de aquellos, cuyos nombres son mas conocidos: Boulanger, Toussaint, Boulainvilliers, el marques de Argens, Montesquieu, Maupeituis, Buffon, Dumarsais, Fontenelle, Damilaville, Thomas, Bouguer, De Laugle, Tressan, Mercier, Palissot, Soulavie, Larcher. Diderot queria confesarse pero le cerraron todos los caminos. *A no haber sido por mí,*

hace esta observacion. « Casi todos los que vi-
 « ven en la irreligion no hacen mas que dudar :
 « nunca llegan á la certidumbre. Viéndose en pe-
 « ligro por la enfermedad, y no sirviéndoles ya
 « para nada la irreligion, toman el partido mas
 « seguro, que es el que promete una felicidad
 « eterna en caso que sea verdadero, y que no ex-
 « pone á riesgo alguno en caso que sea falso. »
 Entonces la vanidad cede al mayor interes. « Si
 « su locura llega á tanto; » dice Montaigne, « su
 « fortaleza no ; así no dejarán de elevar sus ma-
 « nos hácia el cielo, si les heris el pecho ; y
 « cuando la enfermedad haya calmado el hervor
 « licencioso de su humor alocado, no dejarán de
 « volver en sí y dejarse manejar y dirigir discre-
 « tamente por las creencias y ejemplos públicos.

decia Condorcet, hablando de d'Alembert, *canta la palinodia*.
 Al parecer se tomaron las mismas precauciones contra la *debi-*
lidad de Voltaire, que murió, segun refiere Tronchin, con con-
 vulsiones de rabia, y exclamando con un grito fatal : *Estoy aban-*
donado de Dios y de los hombres. Juan Jacobo, segun las apa-
 riencias, es muy verosímil se quitó á sí mismo la vida. Habia es-
 crito en favor del suicidio y en contra, y acabó autorizándole con
 su ejemplo.

¹ *Dictionnaire critique*, art. *Bion*.

« Una cosa es un dogma meditado seriamente, y
 « otra estas impresiones superficiales, las cuales
 « como hijas de la disolucion de un espiritu des-
 « concertado, flotan temeraria é inciertamente
 « en la fantasia. Hombres miserables y sin seso
 « que se empeñan en ser mas malos de lo que
 « pueden. »

Sin embargo es muy cierto que se puede á
 fuerza de perseverancia y de trabajo, llegar á
 corromper la razon lo bastante, para hacerse
 casi imposible la vuelta á la Religion en el trance
 de la muerte. La duda, al principio voluntaria,
 se arraiga luego en el alma, crece en ella y se
 afirma, y ya no es posible arrancarla sino con
 dilatados esfuerzos. El mayor prodigio del poder
 divino es una conversion repentina ; y nada me-
 nos es necesario para lograrla que una suspen-
 sion de las leyes de la naturaleza moral. No creer
 cuando se desea creer, cuando se conoce la
 ventaja y la necesidad, es un castigo de no haber
 creído, por una resistencia criminal de la volun-
 tad, cuando la razon nos llevaba con todo su peso
 hácia la verdad manifiesta. Negándose el enten-
 dimiento pervertido á toda conviccion, la única

doctrina que queda es el escepticismo absoluto*.
 « He aquí lo que puede el hombre por sí mismo y con sus propios esfuerzos con respecto al bien y á la verdad. Tenemos una imposibi-

* El ejemplo que voy á citar es tan convincente que me releva de cualquier otra prueba. El célebre médico Barthez (muerto en 1806) estaba cercano ya á su fin. Una persona recomendabilísima que tenia con él relaciones fué á verle, con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos religiosos que su situacion debia hacerle tan apetecibles. Le encontró como esperaba, triste, sombrío, inquieto. A cada instante se advertia su turbacion y angustia que procuraba disimular inútilmente. Su amigo conmovido viéndole padecer le habló de la Religion, único recurso capaz de consolarle. Mas habia ya mucho tiempo que la duda estaba en posesion de su alma para que ninguna creencia pudiese ya entrar en ella. ¡Creer! dijo Barthez, ya no hay quien crea algo sino los tontos. — Y la materia, los cuerpos. — No sé lo que es eso ni lo que con ello se me quiere decir. — Pero ¿ la conciencia? — Es el fruto de las preocupaciones: si se me hubiesen inspirado otras ideas en mi infancia, ella creeria bien todo lo que cree mal, y no me causaria ahora turbacion alguna. — ¿Y qué nada hay cierto? Por ejemplo: ¿no es mejor no degollar á su padre que degollarle. — Señor, respondió el enfermo, si hé de hablar francamente, yo no veo en que principio podamos apoyarnos en buena filosofía para decidirlo: nada sé. — ¿Al menos las matemáticas no tienen siquiera alguna certeza á vuestra vista? — Yo veo en las matemáticas una cadena de consecuencias perfectamente enlazadas; mas por lo que hace á su base, yo no sé cual es. — ¿Estais pues seguro de no tener nada que temer? — Nada sé. De allí á pocos dias murió Barthez.

« lidad en probar, invencible á todo el dogmatismo. Tenemos una idea de la verdad, invencible á todo el pirronismo. Deseamos la verdad, y no encontramos en nosotros mas que la incertidumbre. Buscamos la felicidad y solo hallamos la miseria. Somos incapaces de no desear la verdad y la felicidad, y somos incapaces de verdad y felicidad... La voluntad jamas da un paso que no se dirija hácia este objeto. Este es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, hasta de aquellos que se matan y se ahorcan. Y sin embargo, despues de tan gran número de años, jamas persona alguna sin fe ha llegado á este punto hácia el cual caminan todos continuamente. Todos se quejan, príncipes, súbditos, nobles, plebeyos, viejos, jóvenes, fuertes, débiles, sabios, ignorantes, sanos, enfermos, de todo pais, de todo tiempo, de toda edad y de toda condicion.

« Una prueba tan larga tan continua y uniforme debería convencernos enteramente de la imposibilidad en que estamos de alcanzar el bien por nuestros esfuerzos. Mas la experiencia no alcanza á instruirnos. Decaido el hombre de su

« estado natural, no hay cosa alguna á que no
 « haya sido capaz de dejarse arrastrar. Luego
 « que ha perdido el verdadero bien, todo igual-
 « mente puede parecerle tal, hasta su misma
 « destruccion, por contraria que sea á la razon
 « y á la naturaleza juntamente... Descaminado
 « visiblemente, siente en sí los restos de un estado
 « feliz de que ha caido, y el cual no puede re-
 « cobrar. Le busca por todas partes con inquie-
 « tud, inútilmente y por medio de tinieblas im-
 « penetrables* »

En efecto es necesario de toda necesidad que el hombre busque su felicidad, y que la busque ó en Dios ó en sí mismo, y en los objetos que le rodean. Si dócil á las lecciones de la Religion ve en Dios su verdadero bien, la virtud, que no es mas que el amor del orden, ó la preferencia que damos á los otros sobre nosotros mismos por Dios, se identifica para él con el amor del bienestar que apetece.

Pero si busca en sí mismo su felicidad, viéndose obligado á hacerla consistir ó en la inteli-

* *Pensamientos de Pascal. cap. XXI.*

gencia ó en el cuerpo, viene á ser infaliblemente esclavo del orgullo ú del deleite; porque el orgullo no es otra cosa que el sentimiento de una alma que se complace en sí misma, y se ama como su propio fin. El efecto pues inevitable de toda filosofia irreligiosa, es el egoismo mas extremoso: luego toda filosofia irreligiosa es por su esencia destructiva del orden y de la virtud; y así como la irreligion lleva á todos los vicios, el hábito del vicio conduce á la irreligion, porque es natural que trate de persuadirse que la felicidad está donde se la busca, y porque cuando el desorden se ha apoderado de los afectos é inclinaciones, la voluntad misma introduce el desorden en los pensamientos, para terminar la guerra dolorosa que reina entre los apetitos y la razon. Si, cualquiera que habiendo creído deja de creer, cede á un interes de orgullo ú de deleite; y en este particular apelo sin recelo á la conciencia de todos los incrédulos*.

* Este carácter duplicado de orgullo y de voluptuosidad se ve de un modo singular en las doctrinas, en las obras, en la conducta y hasta en el tono altanero y decisivo, y desdeñosamente amargo de los filósofos de todos los siglos, llamados con tanta

« ¡O hijo mio! » exclama el autor del Emilio, despues de haber establecido los dogmas conso-

razon por san Gerónimo *animales de gloria. Un filósofo dulce y humilde de corazon, y un filósofo casto, serian en efecto el fenómeno moral mas inexplicable; pero nunca nos verémos en el aprieto de explicarlo; la fe comienza donde acaba el orgullo. Siendo la autoridad de Rousseau de tan gran peso, apoyaré estas observaciones con su confesion y con su ejemplo. « Aun cuando « los filósofos, » dice « se hallasen en disposicion de descubrir la « verdad ¿cuál de entre todos ellos tomaria interes por ella? Cada « uno sabe bien que su sistema no está mejor fundado que los « demas; pero lo sostiene porque es suyo. No hay uno, siquiera « uno, que llegando á conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera « la mentira que él ha encontrado á la verdad descubierta por « otro. ¿Dónde está el filósofo que por su gloria no engañaria « deliberadamente al género humano? ¿Dónde está aquel que en « el secreto de su corazon se propone otra cosa que distinguirse? « Con tal que se eleve sobre el vulgo, con tal que eclipse la gloria « de sus rivales ¿qué se le da de lo demas? Lo esencial es pensar « de otro modo que los otros. Entre los que creen es ateo y entre « los ateos creará » (Emilio, lib. IV.) Séneca no se detiene en colocar superior á Dios á su sabio imaginario. Horacio no pide á la divinidad mas que salud y riquezas: por lo demas, él sabrá bien adquirirse por sí mismo la perfeccion moral: *Det vitam, det opes. æquum mihi met animum ipse paro;* y dió la prueba con sus poesias licenciosas. Son bien conocidas las costumbres de los filósofos griegos, sin exceptuar los mas graves; y si cupiese alguna duda en su orgullo, léase á Luciano, que se burla con tanta sal, y que siendo él tambien filósofo, se rie de todo, segun la máxima favorita de d'Alembert, y lleva la inmoralidad hasta el último grado de cinismo. No conservamos mas que algunos restos*

ladores de la existencia de Dios y de una vida futura, « ojalá conozcas algun dia de cuanto cen-

de los monumentos de la antigüedad; mas lo que nos queda basta para justificar la observacion de Montaigne: « En todas las « clases y escuelas de la filosofia antigua, se verá esto, que un « mismo sugeto publica en ellas reglas de temperancia, y junta- « mente escritos de amor y de disolucion. (*Essais*, lib. III. c. IX.) Pa- semos, para abreviar, á los filósofos modernos. El escéptico Bayle abunda en osceneidades groseras. Helvecio, no menos licencioso, añade como Mandeville, la apología directa del vicio. Al uno y al otro se ha aventajado La Mettrie, que parece no hallarse contento sino entre el cieno de las máximas mas disolutas. Voltaire llegó hasta el incomprendible exceso de orgullo de tener zelos del mismo Dios, y disputarle la sabiduría. *Creéis acaso*, decia, y no puedo sin dolor repetir sus palabras sacrílegas: « *Creéis que Jesucristo tuvo mas talento que yo?* Este mismo hombre, además de una multitud de cuentos y folletos obscenos, escribió un poema infame que Condorcet justifica, alaba y celebra, declamando contra *la afectacion de austeridad en las costumbres, y contra el valor excesivo que se da á su pureza.* (CONDORCET, *Vie de Voltaire*). El autor de *l'Histoire des Établissemens des Européens dans les deux Indes* se queja tambien amargamente de la importancia que hemos querido dar *al libertinage, á un delito tan digno de perdon en sí mismo, tan indiferente por su naturaleza, y tan poco libre por su atractivo.* (lib. XIX). Diderot niega sin rodeos la distincion del bien y del mal, del vicio y de la virtud. « Me parece, » dice, « que si hasta hoy no se hubiese hablado de las costumbres, todavia estaríamos sin saber ni « lo que es virtud, ni lo que es vicio. » (*Essai sur les régnes de Claude et de Néron*, t. II pag. 84). « No reconvenir sobre cosa « alguna á los demas, ni arrepentirse de nada: he aquí, » es-